

## **La Palloza en la Cumbre del Camino**

José Antonio Fernández de Rota y Monter  
Universidade da Coruña

Seguir el Camino con plena conciencia cultural, es un ejercicio que bien puede servir de paradigma de lo que es nuestra tarea cotidiana en una Facultad de Humanidades. En definitiva andamos sobre los pasos de aquellos que caminaron antaño nuestro mismo sendero, miramos sobre sus miradas, intentamos recordar sus recuerdos. El aprendizaje y la actitud del humanista consiste en gran medida en revivir las vivencias de otros. Como ejemplificación de este quehacer vamos a centrar nuestra atención en las viejas «pallozas» en el alto del Cebrero, la cumbre de la que arranca la andadura gallega de esta escuela humanista, mezcla de andar sosegado por parajes estivales y de reflexiones inquietas en el frescor de sus aulas itinerantes.

Nuestro estudio de las «pallozas» se realiza desde una perspectiva típicamente antropológica. Una perspectiva en la que prima nuestro interés por los hombres concretos y sus reales vivencias fundadas y rebalsadas en su vivir cotidiano. Es decir si nos interesan las viejas pallozas es en la medida en que han formado y forman parte integrante de vidas humanas. Son los hombres con su percepción del mundo, con sus valores, sus sentimientos, su forma de hacer y de transformar la materia, sus normas morales y su búsqueda de sentido, los únicos que pueden hacer que nos interesen las «pallozas».

Nuestra atención a las «pallozas» se inscribe dentro de una temática de gran envergadura y destacada en nuestra Facultad de Humanidades: la Herencia o el Patrimonio Cultural. Es el empeño por conservar la antigua herencia colectiva, un extraordinario fenómeno de la Edad Moderna, creciente en nuestra Epoca Contemporánea. Dentro de la Historia Europea, el Renacimiento constituye en este sentido el comienzo de una nueva actitud. Multitud de obras son consideradas como dotadas de un valor estético en virtud del cual deben de ser protegidas colectiva y oficialmente. Otras obras son pertenecientes al mundo clásico y por este motivo, hay una preocupación también por preservarlas como monumentos —no intencionados en su origen— de aquellas remotas y privilegiadas épocas. Surgen los primeros museos en el sentido moderno del término, bajo el patrocinio de Papas que deciden reunir en concretos lugares de Roma colecciones de obras antiguas, al mismo tiempo que se dan las primeras leyes en defensa de obras del patrimonio clásico.

Los siglos siguientes amplían la admiración del mundo culto hacia las obras de arte pertenecientes a otras corrientes y períodos distintos de la época clásica y que antes eran menospreciados. Así mismo las colecciones incluirán objetos correspondientes a nuevos intereses y nuevos objetivos temáticos como los reunidos en los «gabinetes de curiosidades». Es con todo el romanticismo y su veneración por las ruinas y el profundo valor que la historia adquiere en el siglo XIX, el que inicia en Europa y posteriormente en el mundo entero una nueva «Era de la Conservación».

El número de temas que interesan a especialistas de diferentes campos de la historia son cada vez mayores. La historia social, económica y política se preocupa por multitud de aspectos populares frente a la actitud reduccionista orientada predominantemente a temas aristocráticos o sacros en épocas anteriores. La Historia de las Mentalidades, la Historia de la Vida Cotidiana, la Historia de la Industrialización, la Arqueología de la Edad Moderna, la Arqueología Industrial... así como la Etnografía tradicional y el Folklore han contribuido también poderosamente al interés por conservar multitud de objetos. Es dentro de estas inquietudes por la conservación de elementos etnográficos de la vida cotidiana popular donde se inscribe esta primera lección. Me parece importante destacar que esta extraordinaria preocupación conservadora es uno de los rasgos característi-

cos, peculiares, únicos de la cultura actual. Algo indispensable por tanto, para comprenderla. Y me parece importante también tomar en consideración la preocupación historista subyacente en las minorías que han impulsado este movimiento.

En nuestro primer día de «Camino» encontramos unos primeros «monumentos» de la cultura popular. Centrémonos bajo estos presupuestos en nuestra primera «aula», en el estudio de las «Pallozas», que podríamos definir de forma introductoria, como viviendas de formas redondas, techadas con cuelmos de paja, ubicadas en las montañas limítrofes entre las provincias de Lugo, León y Oviedo. La atención por parte de viajeros o visitantes a estas viviendas, puede rastrearse ya en escritos del siglo XVI. Así a fines del siglo XVI D. Eugenio de Salazar<sup>1</sup> realiza por encargo de Felipe II un viaje por el Noroeste Peninsular. En el pueblín asturiano de Tormaleo describe así sus viviendas:

«las casas son redondas... dos puertas tiene cada casa, una al oriente y otra al occidente: y ni por la una se ve el sol ni por la otra se descubre el cielo. Vese a ratos por entrambas la nieve de vara en alto... en las dichas casas no hay sala ni cuarto ni retrete; toda la casa es un solo aposento redondo como ojo de compromiso; y en él están los hombres, los puercos y los bueyes todo pro indiviso... el hogar está en medio de esa pacible morada, porque de allí salga luz y calor para todo el circular aposento igualmente... las dichas casas circulares son cubiertas de unos cimborrios de fina paja y estos rodeados desde el extremo hasta el coronamiento de unos rollos de bimbres... las castañas tienen en alto sobre unas bimbres tejidas pendientes de unas sogas...».

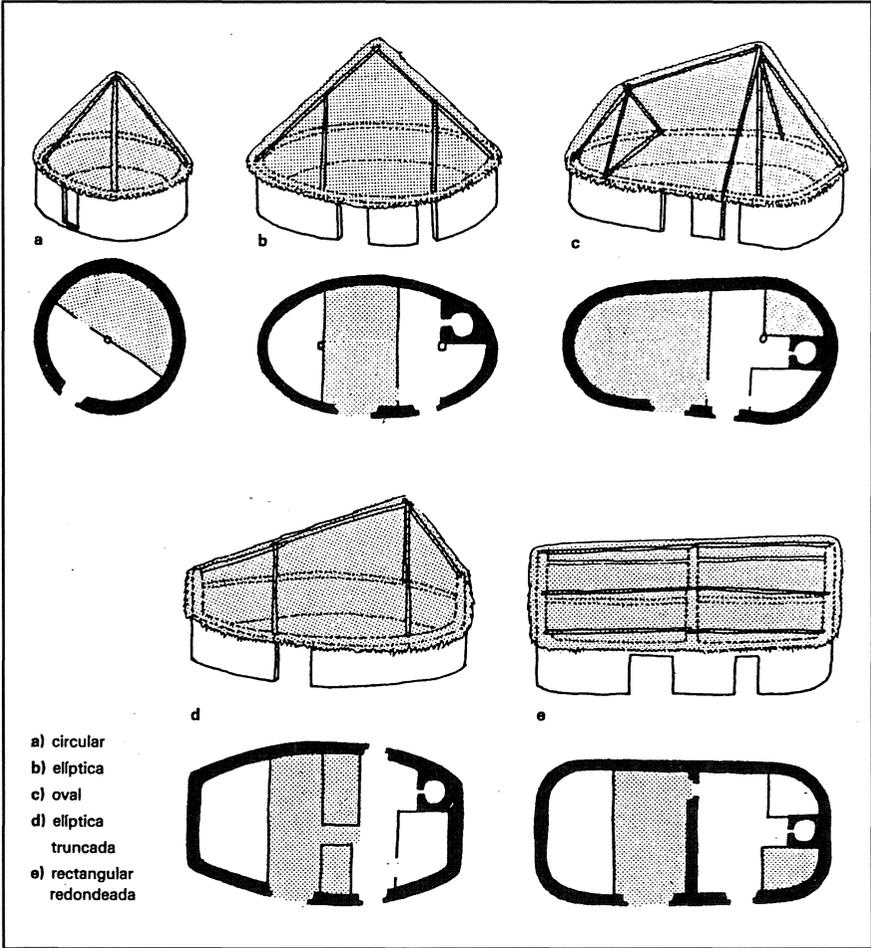
La descripción es de gran belleza y no tiene desperdicio. Subraya la indivisión de la casa «sin sala ni cuarto ni retrete». Y en el único aposento redondo se da la vida promiscua de hombres y animales. Salazar llama la atención también sobre los «caínzos» en los que se almacena la castaña

---

<sup>1</sup> Tomado de *El Bierzo* de Alonso Ponga y Diéguez Ayerbe.

pendientes de sogas para que aprovechen bien el humo del hogar. El hecho de que la vivienda sea circular y el hogar esté en el centro, le hace caer en la cuenta de una importante función de su figura geométrica, el calor llega por igual a los confines de la morada. A esta funcionalidad añade Salazar una dura consideración sacada de su impresión subjetiva, como explicación valorativa de su redondez añadirá: «porque para que quepa la ruindad de sus moradores la figura redonda es la más capaz». Si la redondez para Salazar parece más bien evocar la miseria de tantas cabañas, su figura redondeada va a servir de apoyo siglos más tarde a su sublimación mitopoyética.

A lo largo del siglo XX, diferentes autores quedan fascinados por las posibilidades que sus formas curvilíneas pueden brindar a la fantasía histórica de la «pervivencia». Su forma —pensarán— es la forma de las viejas casas castreñas, mantenida como una constante cultural a través de los siglos. Detengámonos brevemente en el polémico concepto de «pervivencia». Los prehistoriadores y antropólogos evolucionistas del XIX y en su medida no pocos historiadores, han copiado la idea de «reliquia» o «fósil» cultural por similitud con los vestigios de épocas pretéritas, que nos suministra la Paleontología. La crítica de los antropólogos desde principios del siglo XX, ha tratado de desmontar este tipo de consideraciones. Por una parte, de ordinario es muy difícil poder estudiar y documentar la continuidad de ciertos elementos culturales. Muchas veces dicha continuidad se refiere a ciertos aspectos formales de escasa significación cultural. Pero es más, los elementos que pretendidamente permanecen, sólo forman parte de la vida cultural en la medida en que están integrados dentro de un conjunto de acciones y normas, de un contexto complejo que les dota de un significado cambiante. Es decir a pesar de la aparente permanencia de ciertos rasgos, éstos, situados en contextos profundamente distintos, pueden estar dotados de significados diferentes, y serán por tanto realidades culturales en gran medida nuevas. En realidad, la historia real supone una transformación continua hasta en el seno de aquellas sociedades que habían sido denominadas sociedades sin historia o sociedades «frías». Aparte de las influencias exteriores mediante contacto cultural o aculturación, la propia vida interna de estas sociedades se manifiesta como un juego de procesos



Distintas tipoloxías de palloza.  
Tomada de Pedro de Llano (op. cit.)

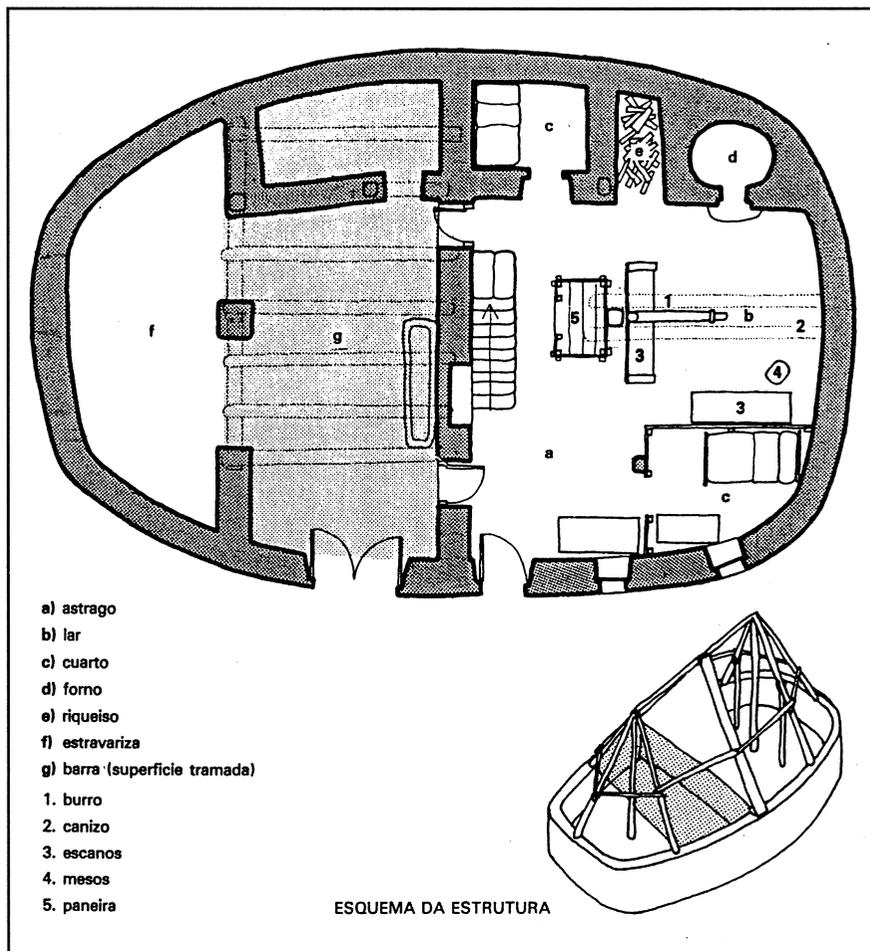
dinámicos de transformación en el que los cambios y choques generacionales, unidos a las continuas estrategias y juegos de poder, suponen no pocas veces profundas rupturas en costumbres y formas de vivir y pensar.

Es en este sentido muy interesante el análisis realizado por Jean Cuisenier en *La Maison rustique*, recogiendo procesos de mitificación semejantes, en que construcciones conservadas en la actualidad o en ruinas en distintas regiones francesas, son consideradas como vestigios de épocas ancestrales. En realidad como destacará Cuisenier detrás de todas ellas se suele encontrar toda una tecnología de expertos pertenecientes a épocas mucho más recientes.

El entusiasmo por la permanencia cultural ha llevado frecuentemente a muchos autores a imaginar por detrás de las supuestas permanencias, la pervivencia de un espíritu suprapersonal y multiseccular, con lo que llegan a su extremo estas consideraciones sustancializadoras. Así, el escritor portugués Jorge Dias dirá al respecto: «las relaciones que existen entre las habitaciones circulares de la actualidad y las de la prehistoria son tan íntimas que la identidad del constructor se le ocurre inmediatamente a quien estudia el problema». Vicente Risco se referirá a la pervivencia de la planta circular u oval como «una tendencia inconsciente de raza de un esquema tradicional» y Krüger afirmará que la planta circular es algo inherente a la cultura donde pervive la «palloza».

En contraste con estas afirmaciones, mi añorado amigo Xaquín Lorenzo —«Xocas»— da una visión clarividente del tema en 1962: «A palloza difire, totalmente da vivenda castrexa, non só en canto a sua estrutura xeral, senon tamén en canto á economía á que corresponde». Efectivamente tanto el tamaño como su organización interna hablan de una economía y tecnología bien distante de las de los castros. Sus características fundamentales, parecidas como veremos a las de otras muchas viejas casas gallegas, nos hablan de su pertenencia a un contexto sociocultural bien distinto.

Apliquemos al estudio del tema, nuestro método antropológico, partiendo de la realidad que mejor podemos conocer en profundidad, la realidad humana actual. ¿Qué significa para quienes han vivido recientemente en ellas la «palloza» y su definitoria redondez?. En primer lugar, entre los



Planta e esquema de estruturas.  
 Tomada del libro «Arquitectura Popular de Galicia» de Pedro de Llano.

habitantes de estas aldeas de montaña nadie suele llamar a este tipo de casas «pallozas», a no ser aquel que haya aprendido el término, oyéndolo a los visitantes. En su propia categorización, puede distinguirse la casa por el tipo de techumbre de paja o pizarra. Puede hablarse de las primeras como de casas de «teito de palla» o incluso, de forma abreviada, como de «teitos». El hecho de si la forma es rectangular o curvilínea resulta algo en gran medida secundario y no existe ningún término nativo que clasifique las casas de plantas redondeadas con una categoría específica. El nombre «palloza» por tanto, parece ser inventado por eruditos. Con él han querido definir un tipo de casas en las que no hay esquinas, bien sea con planta circular, elíptica, oval, elíptica-truncada o rectangular-redondeada en sus esquinas. En realidad para los protagonistas de la construcción y vivienda de estas casas actuales, parece ser el tema tan secundario como lo fue para mí, al comienzo de mi trabajo de campo en la zona. La decisión de hacer una u otra planta, podía apoyarse en razones como la adaptación a las características del terreno y probablemente tendría un amplio margen de aleatoriedad. En realidad las formas curvilíneas o las rectas y angulares han alternado en mayor o menor proporción en multitud de culturas y de épocas. Al parecer los investigadores de los castros han encontrado incluso en ellos, plantas rectangulares anteriores a la invasión romana. En multitud de comarcas españolas y europeas ha habido edificaciones de planta de límites curvilíneos. Con frecuencia este tipo de forma se encuentra asociado con chozas de pastores o construcciones complementarias o pobres y tal era por ejemplo el posible sentido menospreciativo de la anterior frase citada de Salazar.

Tal vez esta pueda ser una razón de su frecuencia en estas aldeas de montaña. Pensemos que muchos de los pueblos actuales en donde se conservan «pallozas» son «brañas» o «alzadas» o posiblemente lo fueron en otro tiempo. Por «brañas» se suele entender chozas o casas aprovechadas por los pastores que suben con los ganados a los pastos estivales. El término «alzada» se refiere a aquel conjunto de viviendas de carácter estacional donde sus moradores no solamente atienden al ganado, sino que también cultivan la tierra en los llanos de aquellos altos parajes. En general este tipo de construcciones temporales solían ser más pobres y era más fácil que entre ellas se utilizasen plantas circulares u ovales.

Debidamente desmitificada la forma externa de la vivienda, podemos atender a su funcionalidad tecnológica, al cálculo humano de adaptación al terreno y al viento. Suele ofrecer su parte más baja, la curva más cerrada del óvalo y la vertiente de la techumbre más suave en dirección al viento dominante, presentando una forma aerodinámica excelentemente adaptada, en proa, al vendaval. Pero aparte de su forma no olvidemos que nuestra preocupación antropológica atiende por encima de todo a la manera cómo el hombre ha habitado aquella casa, cómo su cuerpo se ha movido en su interior y como la ha dotado de utilidad, moral y sentido.

Pongamos como ejemplo de nuestra preocupación antropológica, la contemplación de las diferentes cotas de valoración de lo limpio y lo sucio. Ha sido la suciedad uno de los temas que han llamado más la atención de los viajeros por tierras de Galicia y que se refleja insistentemente en las descripciones que de ellos conservamos. Así los escritos<sup>2</sup> de los siglos XVII y XVIII nos hablan de la necesidad de entrar en ciertas casas primero por la corte y luego por la cocina, el que los hombres y las mujeres se acuesten vestidos, la promiscuidad y continua cercanía de hombres y animales. El vendedor de Biblias británico George Borrow que recorre España entre 1835 y 1840 hace una descripción de la suciedad especialmente cruda en distintos momentos y acaba concluyendo acerca del descuido de la limpieza que «los gallegos con respecto a una vida confortable y hábitos civilizados confiesan estar muy por detrás de otros nativos de España»<sup>3</sup>.

En el siglo XX D. Manuel Azaña comenta así un viaje realizado por Galicia en 1918: «Las aldeas se componen de chozas fétidas... allí viven revueltos hombres y animales. En todo el camino de Coruña a Compostela no se encuentra ni una sola casa de campo, quinta, habitación o lo que sea, que denote bien estar, holgura, limpieza; no hay más que viviendas de esclavos»<sup>4</sup>. En fechas cercanas, el 29 de agosto de 1917 en el periódico *La Nación* de Madrid, mi padre, Antonio Fernández de Rota y Tournán,

---

<sup>2</sup> Ver *Arquitectura Popular de Galicia*, Tomo I, de Pedro de Llano.

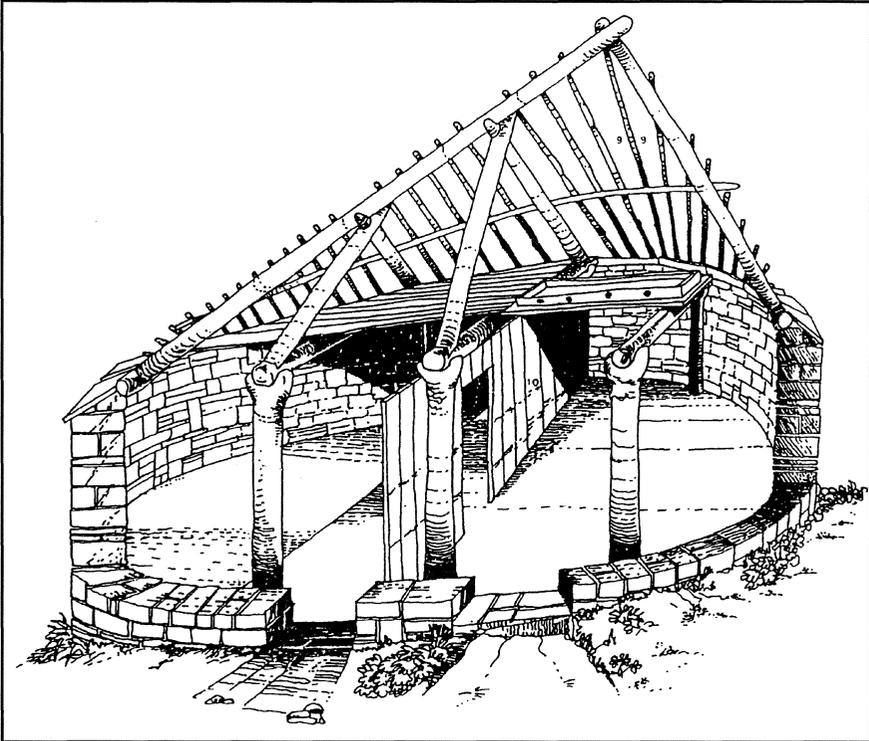
<sup>3</sup> *The Bible in Spain or the Journeys, Adventures and Imprisonments of an Englishman in an Attentes to Circulate the Scriptures in the Peninsula*. G. Borrow.

<sup>4</sup> Tomado de la obra de Pedro de Llano antes citada.

se refería al Ayuntamiento lucense de Castroverde en los siguientes términos:

«...las casas son por dentro verdaderos focos de infección. No es posible pintar el cuadro que a la vista del viajero se presenta cuando penetra en una de aquellas aldehuelas desgraciadas. Allí ya el desencanto es completo: toda la familia duerme en una sola habitación; las camas sobre las que descansan esos infelices son inmundas cloacas; la basura, que llena los corrales y las calles, se amontona en las escaleras y se esparce por las habitaciones, constituyendo su 'mullida alfombra'. ¡Causa verdadera angustia el modo de vivir de estas desgraciadas gentes, que vegetan en repugnante mezcla con los cerdos, las vacas, las gallinas y demás animales domésticos!... Al apreciar 'de visu' tanto atraso, compréndese cuán urgente es que se abran en aquellas comarcas nuevas carreteras y ferrocarriles, que al penetrar en aquellos ignotos rincones lleven a ellos algo de la vida moderna —la higiene, la cultura— y ... coloquen a los habitantes galaicos en condiciones de poder extraer los frutos del suelo con los modernos procedimientos, intensificando su producción.»

Tal vez sin embargo el contraste con otras regiones españolas y europeas no fuese tan grande como parece sugerir la sorpresa de muchos viajeros. Ciertamente una diferencia llamativa la constituye el hecho de que en ciertas regiones el ganado vacuno no se estabule dentro de la casa, mientras que en otras, entre ellas Galicia, sí. En aquellas zonas donde el ganado vacuno está fuera e incluso lejos de las viviendas, la «suciedad» de las casas, por muy pobres que estas sean, no suele ser tan llamativa para los visitantes urbanos acomodados, como en aquellas en que la vaca forma parte integrante y cercana de la vida familiar. De ahí que sea comprensible la extrañeza de quienes provienen de zonas en que las viviendas del entorno rural tienen una organización distinta en la relación espacial y convivencial del ganado. Más llamativo resulta el hecho de que un británico en el siglo XIX, quede tan admirado ante la «suciedad» de las casas gallegas. Recuerdo haber visitado un elegante «cottage» en un pueblo cercano a Oxford; los dueños de la casa me dijeron que habían conocido a una



Desde las cumpias al muro se colocan las terciás (9). Aprovechando una de las vigas-madre, se construye un incipiente muro de separación del hogar y la cuadra (10).  
Tomado de J.L. Alonso Parga y A. Diéguez Ayerbe (op. cit.)

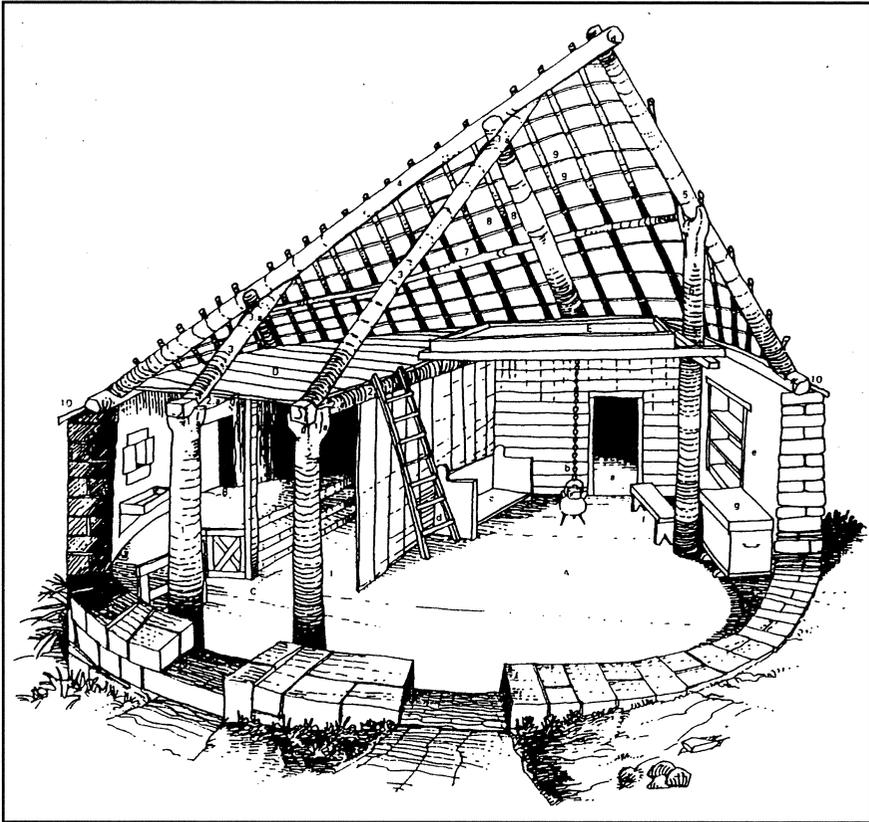
anciana del pueblo que recordaba los tiempos —principios del Siglo XX— en que la planta baja se dividía entre cocina y corte de vacas. Si George Borrow hubiese visitado las aldeas británicas con el mismo aire inquisitorial que las gallegas, quizá no hubiese encontrado grandes diferencias. Ha sido práctica especialmente frecuente entre los británicos «admirarse» en exceso de la «suciedad» de los otros pueblos.

La suciedad y limpieza son vistas con ojos en la investigación antropológica. Nuestra comparación intercultural nos ayuda a entender la lógica interna de distintos sistemas valorativos de la limpieza. Nos aparece ésta como una manera de ordenar el mundo. En ella influyen los elementos ecológicos y el trasiego de la productividad, y entra en estrecha relación con otros elementos del universo simbólico valorativo. Así la compartimentación de ámbitos en los diferentes tipos de casas gallegas, nos habla de la organización y jerarquización social y de la privacidad. De este modo, la constitución de ámbitos en la vivienda, cobra para nosotros un especial relieve. La intimidad de la casa es fuente de mayor profundización cultural que la simple contemplación externa.

Recogiendo algunas de las ideas planteadas en mis análisis sobre tierras de Monfero<sup>5</sup> podemos decir que coexistían desde hacía siglos —al menos así los confirman algunos datos del Catastro de Ensenada— varios tipos de viviendas rurales que nos hablan de distintos niveles de pobreza y de distintos niveles de compartimentación de la vivienda. El tipo más común en dicha zona, dividía la casa vivienda en 3 ámbitos fundamentales: cocina, corte y sobrado —dormitorio emplazado sobre la corte de la vacas. Todo ello quedaba rodeado de una serie de arrimos, alpendres, patios... Las casas más pobres —«casetos»— con una sola planta, esbozaban con «lastres» una somera división entre la corte de los animales y el espacio de la familia —cocina y sitio donde dormir. En otros casos, sobre la corte se extiende una amplia plataforma de madera —«barra»— donde se acumula la hierba y a la que se sube con una escalera de mano —«escada»—. Sobre la hierba, mullidos y cálidos, dormirán las mujeres y los niños. Este viene siendo el esquema interior fundamental de la palloza. En un tercer tipo, la

---

<sup>5</sup> Ver mi monografía *Antropología de un viejo paisaje gallego*.



- Construcción de una palloza: 1. Postes que rematan en un «callau» (1.a);  
 2. Vigas-madre con rebaje en los extremos para recibir las teixeiras (2.a);  
 3. Teixeiras que unen en cruz de San Andrés (3.a); 4. Cumpia mayor; 5. Cumpia menor;  
 6. Pie derecho que sujeta la cumpia menor; 7. Madero para sostener las tercias;  
 8. Terciás; 9. Ripias; 10. Barjos de pizarra.
- A. Hogar; B. Cuadra; C. Pasillo; D. Lugar destinado a la hierba;  
 E. Lugar para secar las castañas y curar la matanza.  
 a. Puerta que en este caso individualiza el dormitorio;  
 b. Pregancia con el pote que cuelga sobre el hogar céntrico; c. Escaño;  
 d. Escalera de mano; e. Alacena en el muro; f. Banco de madera; g. Arca de madera.
- Tomado de «El Bierzo» de J.L. Alonso Parga y A. Diéguez Ayerbe.

«barra» se cerraba con una pared y puerta, y se ascendía por una escalera interior con pasamos. El ámbito así formado, era el llamado «sobrado»; quedaba independizado de la labor de almacenar hierba y se convertía además de dormitorio, en lugar sagrado, limpio, presidido por imágenes religiosas y donde se celebraban los velatorios. Es el lugar privado por antonomasia de la familia adonde difícilmente accederá un forastero. Frente a la privacidad colectiva de la familia, la privacidad individual está bien lejos de nuestras actuales costumbres urbanas, siendo de ordinario el «sobrado» el piso superior indiviso.

Estas posibilidades de limpieza y sacralidad evidentemente no existían, cuando en vez de sobrado se tenía una barra con hierba. En las zonas de «pallozas», el sitio más limpio del centro doméstico —sustituto en algunas funciones del «sobrado»— será el hórreo. En él no entran los ratones, en él se conservan secos y ventilados importantes productos alimenticios. Frente a la suciedad dominante en buena parte de la casa, el hórreo representaba el lugar más puro, no en vano en alguno de estos pueblos se tenía la costumbre de celebrar los velatorios en el hórreo y en alguno de ellos se muestra el hórreo donde según la leyenda un día remoto dio a luz un hijo ilegítimo la Reina Doña Urraca.

A partir de aquí, nuestro análisis, centrado en valores íntimamente humanos, como la privacidad, la limpieza y el orden, nos ayuda a destacar **ámbitos** y **sitios**, no construidos arquitectónicamente, pero sí moralmente. Los sitios asumidos por las personas en distintos momentos de su vida diaria nos hacen entrever apartir de los usos sociales, las formas de marcar jerarquías. El «patrucio», su esposa, los celibatos, el heredero —«meirazo»—, los viejos, los niños, ocupando diversos lugares a la hora de comer o de dormir sugieren esquemas de investigación que nos permiten acceder a una comprensión de la íntima realidad cultural de la «palloza». Bajo este punto de vista su organización interna, funcional, social, valorativa, de significado, no tiene grandes diferencias en comparación con otras viviendas gallegas. Su antigüedad por otra parte, parece evocarnos a lo sumo elementos presentes en la casa medieval atlántica europea, aunque toda otra serie de elementos en transformación nos hacen caer en la cuenta de que la historia no ha pasado en balde. Precisamente la característica percibida como más sucia y anticuada, la presencia de las vacas y su excre-

mento en el interior de las casas, cerca de la familia, parece ser, a decir de los especialistas, una innovación introducida a partir del siglo XVI, es decir un «adelanto» de la llamada Edad Moderna.

Después de este análisis podíamos tratar de resumir algunas ideas acerca del papel que para un humanista crítico o un antropólogo pueden jugar «antiguos» monumentos tales como las «pallozas» que nos han servido de ejemplificación. Evidentemente para una persona sensible a los valores humanos y educada en nuestra cultura actual, las «pallozas» evocan de una u otra forma un impreciso valor de antigüedad. La valoración de algo que, sea o no remoto en el tiempo, es al menos distinto de aquello que es más común entre nosotros. Su novedad —paradójicamente «antigua»— nos permite descubrir en ellas importantes valores estéticos, trasladarnos fuera de nuestras rutinarias vidas cotidianas y abrirnos a la imaginación poética. Aparte de todo ello, el humanista crítico es atraído también por su deseo de revivir las vivencias de otros. En este sentido la Antropología le puede suministrar por una parte la contemplación tal vez estética del valor mítico que para no pocos intelectuales y eruditos estas obras han tenido. Como objetos de imaginación o de fantasía mitopoyética podemos revivir los sentimientos de estos eruditos. Tal vez nuestra nueva consideración no esté falta de ironía. Deberá ser tal vez la ironía indulgente de quien está poco seguro de sus propias verdades. Ironía doblemente indulgente por las inquietudes humanistas compartidas con ellos, ironía



Pedro de Llano (op. cit.)

transformada en definitiva en cálido humor humano. Además de todo ello el humanista crítico trata de conocer y recuperar las formas concretas de habitar estas moradas que le sirven de recordatorio de normas, valores y significados, vividos por quienes habitaron esas viviendas. Todo ello supone en definitiva un sofisticado arte de revivir vivencias ajenas. Es una tarea ingeniosa y delicadamente humana. Es el empeño por asentar el espíritu en un más profundo tono humanista.

**BIBLIOGRAFÍA**

- ALONSO PONGA, J.L. Y DIÉGUEZ AYERBE, A.: *El Bierzo*. Ediciones Leonesas. León, 1984.
- CASTILLO, ÁNGEL DEL: *Las casas del Cebrero*. Boletín de la Real Academia Gallega. 1913.
- CUISENIER, J.: *La maison rustique: logique sociale et composition architecturale*. PUF. Paris, 1991.
- FERNÁNDEZ DE ROTA, J.A.: *Antropología de un viejo paisaje gallego*. CIS-Siglo XXI. Madrid, 1994.  
(Dir.): *Nos lindeiros da Gallegidade*. Consello da Cultura Galega. Santiago, 1990.
- LOW, S. M. Y CHAMBERS, E.: *Housing, Culture and Design. A Comparative Perspective*. University of Pennsylvania Press. Philadelphia, 1989.
- LLANO CABADO, P. DE: *Arquitectura Popular en Galicia. Tomo I*. COAG. Santiago, 1981.